

Para salir de la batalla intacto.

Mas si á pesar del ánimo que trae,
Su vacilante pié resbala y cae,
De este mal no está entónces el remedio
Ni en la desconfianza, ni en el tedio;
Ménos en el despecho y el despique;
Y solo puede estar en que se aplique
El que tan infeliz ha resbalado,
A poner en su marcha mas cuidado.
Dios no le pide mas, ni el hombre tiene,
Cuando á pecar por su desdicha viene,
Otro medio que calme su conciencia,
Que una triste y sincera penitencia.
Otro medio cualquiera es importuno,
Pues sin este remedio no hay ninguno
Que al perdon no le cierre toda puerta,
O á la gracia de Dios la deje abierta.

Cuidado pues, cristiano, que no faltes;
Mas si caiste, no te sobresaltes:
Humíllate á tu Dios, la falta llora,
Abomina tu error, perdon implora,
Y conociendo tu infeliz flaqueza,
Redobla de fervor y de firmeza.
Las faltas pueden serte provechosas,
Si te quitan ideas presuntuosas,
Que del orgullo la alívez complacen;
Y si á tu propio amor conocer hacen,
Que es menester para que no te tuerzas,
Que desconfies de tus propias fuerzas.

No pretendas tus faltas ocultarte;
Este es del amor propio, traidor arte,
Pero falsa ilusion y oculto engaño,
Que en vez de disminuir aumenta el daño.
Gime de buena fe, no te impacientes,
Que esto es despique: no te desalientes,
Que seria flaqueza; mas tranquilo
Recorre humilde á Dios, tu único asilo,
Y sabe que esta falta es á sus ojos
Ménos mal, le da menos enojos,
Que una virtud soberbia y ostentosa,
Que de sí satisfecha y orgullosa,
O cria al propio amor ó le fomenta,
Y su orgullo sostiene y alimenta.

POEMA XIII.

**LAS AGITACIONES DEL
PECADOR.**

PARTE PRIMERA.

¡Qué infeliz es el hombre, que arrastrado
Por la pasión que astuta le combate,
Después de disputar, al fin se abate,
Y cae miserable en el pecado!
Al instante, cual sierpe voladora,
Que derrama mortífero veneno,

La inquietud entra rápida en su seno,
 Y de muchas maneras le devora.
 No hay agudo puñal, tósigo activo,
 Que le lastimen con dolor tan vivo.
 La turbacion de su alma se apodera,
 Le agita, le atormenta y exaspera;
 El cruel remordimiento le destruye,
 El terror le persigue, y la paz huye.

Así nunca tranquilo, siempre en susto,
 Solo vive en la pena y el disgusto.
 ¡O cielo! ¡qué tormento tan violento!
 Mas ¡cuánto es saludable este tormento!
 ¡Dios de piedad! para lograr mi enmienda,
 Alúmbreme tu luz, y yo comprenda
 El destino infeliz y atormentado
 Del hombre que se encuentra en este estado,
 Para que mi conciencia siempre pura
 No se exponga jamás á esta amargura.

Desde que el alma las virtudes deja,
 Y que veloz la gracia se le aleja,
 La paz huye con ella presurosa;
 La turbacion entónces tumultuosa
 Ocupa su lugar, destierra el órden,
 Y hace que reine un bárbaro desórden.
 Las espesas tinieblas abultadas,
 Que sobre Egipto fueron derramadas,
 Son la imágen que exacta representa
 Una conciencia ciega y turbulenta.
 Ideas negras, pensamientos varios,

Todos oscuros, y entre sí contrarios:
 Reflexiones opuestas y distantes,
 Pero todas amargas y punzantes
 Se suceden; una y otra se destierra,
 Y todas entre sí se hacen la guerra.
 La vista del pecado en que ha caído,
 La gracia que tan mísero ha perdido,
 La gran dificultad, y la violencia
 De recobrarla con la penitencia,
 Con continua porfia le combaten
 Y de ordinario su valor abaten.

Del mar las olas recias y encrespadas
 Mas furiosas no estan, mas agitadas.
 En vano quiere, por hallar un gozo,
 Entregarse al placer y al alborozo,
 Pues los mismos paseos y funciones,
 Los pasatiempos y las diversiones
 Quizá por un momento le alborotan,
 Y al dardo del dolor la punta embotan;
 Pero muy presto nuevas reflexiones
 En tumulto le asaltan, y sentidas
 Hacen mas penetrantes las heridas.

El pecador metido en un abismo,
 Forzado á verse dentro de sí mismo,
 Y otra vez nuevamente consternado
 Con mas vivo dolor, está obligado,
 A pesar del placer que se procura,
 A beber aquel cáliz de amargura.
 Desde entónces la paz, la paz amable

Se ausenta de su pecho miserable ;
 Toda paz interior desaparece,
 Y este estado mas duro le parece,
 Porque miéntras en paz con Dios vivia,
 Su dulzura gustaba, y la sentia.
 Pero á la vista de su horrible culpa,
 Todo le asusta, nada le disculpa ;
 Se disipa esta blanda y dulce calma,
 Esta feliz tranquilidad del alma,
 Superior al placer de los sentidos,
 Mira como eclipsados y perdidos
 Estos momentos tiernos y apacibles
 En que á su corazon fueron sensibles
 Los gustos celestiales, los ardores
 Que parecen del cielo precursores.
 De tanta dicha al pecador no queda
 Nada que su dolor aliviar pueda ;
 Y si se acuerda que los ha tenido,
 Se affige mas de que los ha perdido.
 ¡ Cuántas veces, ¡ ó Dios! he sido ejemplo
 De la triste verdad que ahora contemplo ?
 Y cuantas veces mi conciencia inquieta
 Ha podido decir con el Profeta :
 ¡ Por qué causa estas triste, ó alma mia ?
 Pero ¡ ay de mí ! pues que saber debia,
 Que la causa infeliz de mis tristezas,
 Es mi infidelidad, son mis flaquezas,
 Y el horrible continuo desacato
 Con que por un placer te he sido ingrato.

¡ Qué mortal, si atrevido te resiste,
 No ha de ser infeliz ? ¡ no ha de estar triste ?
 ¡ Que insensato, si osado te disgusta,
 No se llena de espanto, no se asusta ?
 ¡ Qué conciencia, si se halla delincuente,
 Puede gozar la paz de la inocente ?
 Lleva el pecado en su interior malicia
 Una ponzoña que los gustos vicia :
 Un dardo que con tristes caracteres
 Turba el reposo, amarga los placeres ;
 Y una conciencia que se ve turbada,
 ¡ Cómo no estará triste y congojada ?
 A su inquieto y turbado movimiento
 Sigue luego el voraz remordimiento.
 No hay situacion, no hay fuerza, no hay abrigo
 Que le pueda librar de este castigo.
 El primer pensamiento que le asalta,
 Le turba, le consterna y sobresalta.
 La primera congoja de su pecho
 Es decir : ¡ Infeliz ! ¡ qué es lo que has hecho ?
 Tú has faltado á tu Dios, le has ofendido :
 Su gracia, su amistad loco has perdido :
 Tú has manchado tu mísera conciencia :
 Abandonaste la celeste herencia,
 Y por el gozo vil de un bien instable
 Has perdido la gloria perdurable.
 ¡ O infeliz ! se repite su despecho,
 ¡ O infeliz pecador ! ¡ qué es lo que has hecho ?
 Antes de que el pecado se cometa,

Y á su flaqueza el hombre se someta,
 La pasion que le anima y que lo halaga,
 De tal manera su razon embriaga,
 Que no ve nada, nada reflexiona,
 Y á su placer incauto se abandona;
 Pero al instante que su amor contenta,
 Y que el deseo ya no le atormenta,
 Sus ardores empiezan á entibiarse,
 Su turbada razon á despejarse:
 Se llena de terror, entra en sí mismo,
 Ve que ha caido en el terrible abismo,
 Y distingue el horror de su pecado;
 Entónces dolorido y consternado
 Oye la voz del arrepentimiento,
 Que produce el feroz remordimiento;
 Se acuerda de la paz en que vivia,
 Cuando con tierno amor á Dios servia;
 De las gentes virtuosas que trataba,
 Con cuyo trato amable se alegraba,
 Y cuya vista ahora le es funesta;
 De la solemnidad de aquella fiesta,
 En que los sacramentos recibia,
 Y de que ahora indigno se desvia;
 De la imágen de un Dios crucificado,
 A cuyos piés humilde ha derramado
 Su corazon, que en lagrimas vertia:
 Y de todo esto forma su conciencia
 Un language, que le habla con violencia,
 Porque la gracia quiere persuadirlo;

Y si le habla contra él, es por servirlo.
 Tú nos dijiste, Salvador, que un dia
 Nuestro pecado se levantaria
 Contra nosotros mismos, porque osado
 Contra tu santa ley se ha levantado;
 Que él seria la espada, que afilada
 Dejaría nuestra alma traspasada.
 ¡Infeliz! ¡qué fatal deslumbramiento!
 Comprar tan caro un arrepentimiento!
 ¡Qué estado el de una alma que se pierde,
 Y á quien su propio corazon remuerde!
 ¡Qué la divina cólera amenaza,
 Y que él mismo se rompe y despedaza!

PARTE SEGUNDA.

PERO no para aquí su desventura,
 Reservada le está suerte mas dura;
 Pues fuera del tormento que le oprime,
 De tantas inquietudes con que gime,
 Del llanto amargo con que triste llora,
 Y del despecho con que se devora,
 Su terror crece cuando considera
 El porvenir funesto que le espera.
 ¡Cuánto debe crecer su infeliz ansia,
 Mirando de este mundo la inconstancia!
 Y ¡cuánto conturbado se consterna
 Pensando en la otra vida, vida eterna
 De dolores sin fin y sin medida,

Que el cielo ya le tiene prevenida!

Yo he pecado, se dice, y me estremezco:

Un infierno sin término merezco.

¡Cuál fuera, santo Dios, mi infeliz suerte

Si me asaltara rápida la muerte!

Mas la vida es incierta y vacilante,

Y yo puedo morir á cada instante:

Hoy me amanece un dia placentero,

Y tal vez de mi vida es el postrero.

¡Y qué fuera de mí, si arrebatado

Por un mal impensado,

O por otro accidente mas funesto,

Me cogiera la muerte mal dispuesto?

No son tan raros estos accidentes,

Y en el dia se miran muy frecuentes.

¡Cuántos yo mismo he visto y conocido,

Que de la muerte víctimas han sido,

Sin poderlo advertir, sin disponerse,

Y casi sin poder reconocerse?

¡Y por qué causa Dios puso á mi vista

Tanta muerte imprevista,

Sino para advertirme que mirara

Que una muerte impensada no es tan rara,

Y viendo cuánto el riesgo es inminente,

En la cabeza de otros escarmiente?

¡Cuántas veces me he visto conturbado?

El tiempo y la pasion me han disipado;

Pero el peligro dura, y es el mismo,

No se ha cerrado el infernal abismo,

La vida se consume, el gusto insiste,

Y siempre viva la amenaza existe.

Así se ve cumplir exactamente

Lo que predijo Dios al delincuente,

Cuando con voz severa le decia:

Tú temblarás desde la noche al dia.

La mañana dirás: ¿Quién me asegura,

Que esta noche tambien mi vida dura?

Y por la noche tu inquietud tirana

Dirá: ¿Quién te asegura hasta mañana?

¡O formidable horror de la conciencia!

¡Hasta donde no llega tu influencia!

¡Quién no escucha tus gritos pavorosos?

En los palacios ricos y suntuosos,

En los tronos excelsos de los reyes,

En los pechos de aquellos que dan leyes,

En los grandes lugares tumultuosos,

En el pobre confin de las cabañas,

Y hasta en la soledad de las campañas

Todos oyen tus gritos vengadores,

Primer tormento de los pecadores.

¡O Dios! ¿qué horrible pena! ¿qué disgusto

Es vivir siempre en tan terrible susto

Con riesgo tan posible é inminente,

Y deberse decir continuamente:

Si muero en el estado en que me veo,

¡Desdichado de mí, pues que soy reo;

Pues esclavo infeliz de mi pecado

Seré al instante mismo condenado!

¿Quién puede soportar tal pensamiento?
 ¿Qué estado, santo Dios, y qué tormento!

Pero este es un tormento saludable:

La desgracia sería irreparable,
 Si el enfermo en su mal fuera insensible.
 Después de haber pecado, no es posible
 Encontrar mayor bien, mas importante
 Que este remordimiento devorante.
 El inquieto interior deshacimiento,
 La pavorosa luz del escarmiento,
 Y perturbada agitacion activa
 Son señal de que el alma aun está viva.

Mientras nos dura de la vida el curso,
 Del pecador que yace en triste suerte,
 Es el postrero y el mejor recurso,
 Paso primero del que se convierte,
 Que ya empieza á alejarle de la muerte,
 Y cuanto mas su corazon consterna,
 Le acerca mas á la salud eterna.
 Quanto mas el terror es espantoso,
 Y mas pierde el delito su reposo,
 Mas produce felices conversiones;
 Méno sujeto está á las ilusiones,
 No cabe en él engaño: su destino
 Es sin error llevarnos al camino.

En fin, el bien mas alto, mas sublime,
 Y digno de que el alma mas le estime,
 Son estas inquietudes y tormentos.
 No son mas que divinos llamamientos,

Luces que el cielo al pecador envia,
 Para ponerle en la derecha via:
 Son gracias con que Dios le favorece,
 Y el Cordero sin mancha le merece;
 Pues Jesucristo, Dios crucificado,
 Con su muerte y pasion las ha alcanzado.

Entra pues al instante en tu conciencia:
 Examínala bien, y con paciencia
 Registra los rincones de tu pecho.
 Mira bien lo que piensas, lo que has hecho;
 Observa tu intencion, lo que deseas;
 Cómo tu tiempo y tu cuidado empleas;
 Si cumples tu deber con eficacia,
 Y si puedes estar de Dios en gracia:

Si así lo esperas, si te encuentras quieto,
 Si á la ley de tu Dios siempre sujeto
 Te hallas con la conciencia sosegada,
 Y por mas que la estudias, no ves nada
 Que con razon pudiera conturbarte,
 Nada esencial que pueda baldonarte,
 Levanta el corazon, al cielo ascende,
 Da gracias al Señor, de quien descende
 Bien tan inmenso al hombre miserable,
 Y que sostiene un barro deleznable;
 Pero con nuevo ardor, nuevo cuidado
 Procura conservar tan dulce estado,
 Y que nunca el pecado ni su imagen
 Tan divino placer en tu pecho ajén.
 Si te inspira inquietud, si tienes duda,

Que tu razon al punto la sacuda:
 No pares hasta instruirte y enterarte;
 Procura de esta espina libertarte,
 Y salir de un estado que indolente
 Pudiera transformarte en delincuente.
 Pero si tu conciencia tenébroza
 Te presenta una sombra de pecado;
 Si te dice su voz que estás culpado,
 Que no se pare un punto, y presurosa
 Corra á buscar remedio á mal tan grave.
 Busca un ministro que tu mancha lave,
 Y que en nombre de Dios tu culpa entienda;
 Tu humilde labio le prometa enmienda;
 Que te perdone, que su luz te auxilie,
 Y con tu Dios tu alma reconcilie.
 Entonces, perdonado aquel exceso,
 Lograrás descargar su enorme peso,
 Y dejará lavada tu conciencia
 El agua amarga de la penitencia.
 ¡ Dios eterno! ¡ Dios santo! no permitas
 Por tus misericordias infinitas
 Que sufran otra vez las ansias mias
 Las funestas mortales agonias,
 Las penas, las congojas y temores,
 Las duras inquietudes y terrores;
 Y por fin el tormento y la amargura
 Que sufre siempre la conciencia impura.
 Pero, piadoso Dios, si por desgracia
 Yo perdiera infeliz tu santa gracia,

Si cayera otra vez en el pecado,
 Te pido Dios amado,
 Que léjos de calmar mis turbaciones,
 Aumentes mi dolor y agitaciones,
 Porque no caiga en la desgracia horrible
 De ser á mis desdichas insensible,
 De estar con falsa paz que no remuerde,
 Que dulce lisonjea, y al fin pierde.

Mientras tú con latidos me amenazas,
 Y con dolor á mi alma despedazas,
 Entiendo que me dices con tus gritos,
 Que yo expiar procure mis delitos,
 Que tienes suspendida la venganza,
 Y que abres una puerta á la esperanza;
 Pues cuando el pecador está en reposo,
 Y que tú te mantienes silencioso,
 Este silencio es prueba muy sensible
 De que tu indignacion es ya terrible,
 Que el dia de la cólera se acerca,
 Y su última desgracia ya está cerca.
 ¡ Hablame pues, Señor: tu siervo escucha;
 Haz que sea voraz mi interna lucha,
 Que mas no se alucine mi conciencia,
 Y que busque la austera penitencia.
 Oye la voz de mi doliente llanto,
 Abre mi corazon á tu amor santo;
 Que no tenga otro ardor, otro deseo,
 Y sea de mi vida único empleo.

POEMA XIV.

LAS AFLICCIONES DEL
JUSTO.

PARTE PRIMERA.

No solo Dios al pecador affige,
Y con penas ligeras le corrige,
Alumbrando el error que lo extravia;
Tambien al inocente las envia,
Y el justo si el amargo cáliz bebe,
Gana con ellas, y alabarle debe.
Muéstrame ; **O** Dios! los bienes escondidos,
Que el justo sabe hallar en la aspereza,
Que es tan contraria á la naturaleza,
Y es superior á todos los sentidos.

Dios prueba al justo con las afficciones.
A Job lo puso en muladar inmundo,
Quitándole los bienes de este mundo,
Y lo llenó de injurias y baldones:
A nuestro padre Abraham le manda fuerte
Al hijo que queria, dar la muerte:
A Tobías tambien quita la vista,
Y tantos otros justos cuya lista

LAS AFLICCIONES DEL JUSTO. 169

Seria dilatada ; pero á todos
Los ha probado Dios por varios modos.

Nosotros protestamos fervorosos
A nuestro Dios con ánimo sincero,
Que á pesar de tormentos rigurosos
Queremos darle el corazon entero.
Le decimos con ansias encendidas,
Que perdiéramos ántes muchas vidas
Que hacer nada que pueda disgustarle ;
Que el mundo, que el dolor y triste suerte,
En fin que ni el infierno ni la muerte
No podrán de nuestra alma separarle.

Sin duda que á tu Dios, si asi le hablas,
Llegan con el incienso tus palabras,
Y las presta un oido favorable ;
Mas no basta que el labio fácil hable,
Es menester que fieles los afectos
Junten con las palabras los efectos :
Una prueba te pide su clemencia,
Y no hay prueba mejor que la paciencia.

No es porque Dios, hablando propiamente,
Para sí de esta prueba necesite,
Pues que ve el corazon, mira la mente ;
Pero quiere que el justo se ejercite,
Que registre en el fondo de su abismo,
Y se conozca dentro de sí mismo.

¡ Cuántas veces al hombre alucinado
Su propio corazon tiene engañado ?
David, distante de las ocasiones,

Asegura, que su alma no flaquea;
 Mas viene la ocasion, y en las pasiones,
 Con que violento su placer le atrae,
 No solo vacilante titubea,
 Sino tambien precipitado cae.

Si fuera menester morir contigo,
 Decia Pedro á su mejor Amigo,
 Yo no te dejaré; y una criada,
 Muger comun y distinguida en nada,
 Con una sola voz le desconfia,
 Y le induce á una horrible alevosía.

¿Cuántos justos se creen asegurados,
 Porque en el puerto existen sosegados;
 Mas si salen al mar, si sopla el viento,
 Si la primer borrasca les embiste,
 Su débil nave á ella no resiste,
 Y naufragan con ímpetu violento?
 Hombres somos, y débiles nos vemos,
 Nuestra propia miseria conocemos.

¿Cómo el humano corazon se eleva,
 Antes de haber pasado por la prueba?
 ¿Cuántas veces yo mismo prosternado
 Santas resoluciones he formado?

¿Cuántas veces yo mismo me he creído
 Capaz de padecer, y sufrir fuerte
 Por tí, Jesus divino, hasta la muerte?
 Y ¿cuántas; ó mi Dios! triste he caído,
 Y todo mi valor se ha desmentido?

Tambien el cielo al justo purifica,

Le hace el cáliz beber hasta las heces.
 El Espiritu Santo nos indica,
 Que el justo cae al dia siete veces;
 Que por mas justo y santo que es el hombre,
 Y por mas que merezca este renombre,
 Tiene defectos, bien que imperceptibles,
 Que á los ojos de Dios son reprehensibles,

Es sin duda que siente muchos males,
 Deseos demasiado naturales,
 Una secreta y eficaz tendencia,
 Que le arrastra al placer con su violencia,
 De las cosas humanas mucho gusto,
 Un amor de sí mismo hasta lo injusto;
 En fin, muchas tibiezas, negligencias,
 Y á la gracia continuas resistencias.

Estas á la verdad son nubes leves,
 Pero el cristal de la virtud empañan;
 Manchas ligeras y borrones breves,
 Pero á la gracia y á su impulso dañan.

¿Hombre feliz! ¿á que alta esfera subes,
 Cuando quiere la amable Providencia
 Disipar las tinieblas ó las nubes,
 Que obscurecen ó empañan tu conciencia?
 ¿Y qué medio mejor que la paciencia?
 Porque en fin estas faltas, si se ensanchan,
 No afean nuestras almas, mas las manchan;
 Estos leves defectos no desvian
 La amistad de su Dios, pero la enfrian;
 No destruyen la paz, mas la vulneran;

No rechazan la gracia, mas la alteran;
Y con muchas pequeñas distracciones
Detienen las divinas impresiones.

Finalmente, la vida no la quitan,
Mas la hacen enfermar, la debilitan;
Y como Dios las ama,
Por esos medios hácia sí las llama:
Son un oro precioso,
Que deben con el fuego vigoroso
De las tribulaciones ser purgadas,
Para poder quedar purificadas.

Dichoso aquel mortal, que convencido
De que todo en el mundo es dirigido
Por tu divina mano,
Se somete á tu arbitrio soberano;
Que sabiendo que al hombre que castigas,
En tu paterno corazon le abrigas,
Te ofrece humilde en tus sagradas aras
El rigor que tú mismo le preparas.
La gracia se lo dice, y él lo siente:
Es verdad que el mortal es miserable,
Que su naturaleza deleznable
Del peso de tu yugo se resiente,
Y quiere sacudir con violencia;
Mas no escuches, Señor, su resistencia:
Sonten solo su mísera flaqueza,
Y acaba la obra que tu gracia empieza.

Cuando Dios hace al justo miserable,
Afirma su virtud y la hace estable.

La experiencia y la fe le han enseñado,
Que esto solo le deja asegurado.

Nunca deben temer tanto los justos,
Como cuando engañados temen ménos;
Y nunca estar pudieran mas serenos,
Que cuando viven con inquietos sustos:
Porque aquel que prudente desconfía
De su propia conducta y valentía,
El socorro de Dios á buscar viene,
Y halla en él el esfuerzo que no tiene.

Estos son los efectos que producen
Esos males que tanto aborrecemos:
Viendo que superarlos no podemos,
Al Señor por la mano nos conducen.
Las penas y las duras aflicciones
Despiertan las dormidas atenciones,
A buscar el remedio nos obligan,
Y cuando mas terribles nos castigan,
Mas alzamos á Dios los corazones.
Nos hacen conocer nuestra flaqueza,
Nos hacen descubrir los precipicios,
Nos inspiran horror para los vicios,
Y desprecio tambien de la grandeza.

Nos muestran de los riesgos lo profundo,
Y nos alejan con terror del mundo,
De cuyo falso halago y desvario
Nos descubren la nada y el vacío.
Nada hay que pueda al hombre vacilante
Dar virtud tan segura y tan constante,

Como tener de sí desconfianza,
 Y poner en Dios solo su esperanza.
 Ve aquí los fundamentos verdaderos
 De los que son católicos sinceros.

PARTE SEGUNDA.

PONME, mi Dios, sobre estos fundamentos:

Viendo mi corazón débil y vario,
 No me atrevo á pedirte sufrimientos;
 Mas, Señor, si sufrir es necesario,
 Para que la virtud constante sea,
 Nada sino sufrir mi alma desea.
 Dame pródigo penas y rigores,
 Que veré como gracias y favores;
 Ya preparado estoy á recibirlos,
 Pero dame la fuerza de sufrirlos.

En fin, en la aflicción y la tormenta
 No solo el justo su virtud aumenta,
 Sino tambien la afina y perfecciona.
 Conoce que su Dios ne le abandona,
 Pues entre tantas penas é inquietudes
 Le sostiene á pesar de su miseria.
 Ve que tambien le ofrece la materia,
 En que pueda ejercer nuevas virtudes,
 Para que en incesante sacrificio
 Las perfeccione con el ejercicio.
 Entónces es su fe mas luminosa,
 Su esperanza mas viva y mas segura,

Su caridad mas santa y fervorosa,
 Su religion mas sólida y mas pura;
 En fin, la humanidad y la paciencia,
 Que de otras mil virtudes son fecundas,
 Echan raices mucho mas profundas;
 Y todas con la sal de la prudencia,
 Por el medio fiel de la constancia,
 Opimos frutos dan en abundancia.

El justo pide á Dios que le redima
 De tantas y tan duras aflicciones:
 Sobre todo le ruega que le exima
 De la violencia de las tentaciones;
 Mas Dios celoso de su propia gloria,
 Y porque obtenga superior victoria,
 Le dice á veces lo que á Pablo dijo:
 Es para tí mejor, mas provechoso
 Sufrir peso de males tan prolijo,
 Que descargarte de su afán honroso.

Estas serán sin duda nuevas pruebas
 Que dan á tu valor nuevos empleos;
 Pero verás, si el corazón elevas,
 Que estas nuevas batallas, luchas nuevas
 Te pueden producir nuevos trofeos.
 Combate con valor, sin arrogancia:
 A la vista estoy yo de los debates,
 Y yo te animo cuando tú combates;
 Armate pues de ardor y de constancia;
 Mas aprovecha una hora de desvelos,
 Que los años enteros de consuelos.

¡O méritos preciosos, adquiridos
 Por los trabajos, con amor sufridos!
 ¡Y quién, teniendo fe, si Dios le envía
 De los mayores males la violencia,
 No los toma, no digo con paciencia,
 Sino tambien con gozo y alegría?
 No es así como el mundo lo concibe;
 El mundo siempre en el engaño vive:
 Si mira á Job, que yace abandonado
 En un vil muladar sufriendo penas;
 Si ve á José que atado á sus cadenas
 En obscura prision está arrojado,
 O á David por Semey perseguido;
 En fin, á tantos justos que han sufrido,
 ¡Qué mortal infeliz! al punto dice;
 Pero el mundo es el ciego, el infelice,
 Pues los llama mortales desdichados,
 Y Jesucristo bienaventurados.
 ¡Dónde está nuestra fe? pues la apariencia
 Nos persuade mejor que su creencia:
 Si Dios affige al justo, es porque le ama;
 Y si le amara ménos, bien pudiera
 Dejarle perecer de la manera
 Que deja al que feliz el mundo llama.
 Le dejara gozar algunos dias
 De sus falsos placeres y alegrías,
 Y cuando al fin el término llegara
 De que ejecute su final justicia,
 Condenando del mundo la malicia,

Con el mundo tambien le condenara.
 Nadie se espante pues, si triste advierte,
 Que un justo sufre desdichada suerte,
 Y que vive en la pena y el disgusto:
 Quizá padece tanto, porque es justo,
 Y de serlo tambien quizas dejara,
 Si con suerte mas próspera alentara.
 El Santo de los santos ha sufrido,
 Como hombre de dolor ha padecido
 Y es el modelo de predestinados.
 Dichosos solos, bienaventurados
 Los que imitan sus santos sufrimientos,
 Y los saben unir con sus tormentos.
 Si los santos que reinan en el cielo,
 Pudieran recibir un desconuelo,
 No seria que míseros vivieron,
 Y que muchos tormentos padecieron;
 Antes su amor quisiera enardecido,
 Tanto como su Dios haber sufrido.
 Los que en la tierra son mas castigados,
 En el cielo se ven mas elevados.
 La cruz es la señal del escogido:
 Los que de esta señal no estan marcados,
 Entrar no pueden en la eterna gloria,
 Que solo se concede á la victoria.
 Nosotros somos hijos del Calvario,
 Y es tambien nuestro asilo y nuestro puerto:
 Es paso para el cielo necesario,
 Es el lugar en que Jesus ha muerto,

En que toda su sangre ha derramado,
 Y con ella nos ha regenerado.
 Este adorado Padre moribundo,
 Abandonando al infelice mundo,
 No ha dejado á sus hijos otra herencia
 Que su gracia, su cruz y su paciencia;
 Que nuestra alma la acepte sometida,
 Y que de tanto bien agradecida
 Los dones de la cruz en mucho estime,
 Y disfrute una herencia tan sublime.
 La vida es breve, el término se acerca,
 La muerte que rodea, ya está cerca:
 Suframós algun tiempo todavía,
 Que no está léjos del descanso el dia:
 Nuestro Dios como Dios nos recompensa,
 Y da por penas cortas dicha inmensa.
 Tú has sufrido por mí, Jesus amante;
 Y cuando tierno por mis culpas mueres,
 ¿Podré quejarme, si piadoso quieres,
 Que yo sufra por ellas un instante?
 ¿No debiera al contrario complacerme
 De esta piedad, y de que quieres verme
 Tener contigo alguna semejanza,
 Elevando hasta el cielo mi esperanza?
 Por un efecto de tu amor eterno,
 Tú me has librado del horrible infierno,
 Y en lugar de sus penas infinitas
 Con penas pasajeras me desquitas.
 ¿Quién tuviera, mi Dios, con que pagarte?

¿Quién tuviera mil almas para amarte?
 Pero despues de todo yo quisiera
 Tener alguna cosa, que ofreciera
 A los piés de la cruz en que moriste.
 Veo en ella la sangre que vertiste
 Por salvar á los hombres pecadores;
 Te pido por lo ménos; ó Dios santo!
 Que yo mezcle tu sangre con mi llanto,
 Que junte mi dolor con tus dolores.

Yo sufriré, mi Dios, pues tú lo quieres,
 Renunciando á delicias y placeres;
 Yo sufriré, pues que tu amor sufría;
 Sufriré sin ponerte resistencia;
 Sufriré sin quejarme, con paciencia,
 Y quisiera decir con alegría:
 Juntaré mis pequeños sufrimientos
 Con tus terribles bárbaros tormentos,
 Y tierno besaré como buen hijo,
 Los piés de tu sagrado Crucifijo.
 Elevaré mi espíritu á que asista
 A la escena horrorosa del Calvario,
 Y al infierno tambien, si es necesario.
 ¿Quién se podrá quejar con esta vista?
 Pues allí podrá ver los desdichados,
 Que sufren mas que yo sin mas pecados.
 En fin, Señor, me miraré á mí mismo
 Como un hombre que sale de un abismo,
 Como vil delincuente reprobado,
 A las penas eternas condenado,

Y que estás esperando con paciencia
Para darle lugar á penitencia.

Sosten pues mi flaqueza con tu gracia,
Y presta á mis deseos eficacia.
¡Feliz yo! si despues de mis ofensas,
De culpas tan enormes como inmensas,
Por tus méritos santos é infinitos
Dignas de perdonarme mis delitos.

POEMA XV.

EL ESCÁNDALO.**PARTE PRIMERA.**

Si hay un monstruo feroz en este mundo,
Si hay un mal de otros males tan fecundo,
Que no contento con sus propios daños
Extenderlos intenta á los extraños,
El escándalo lo es, monstruo terrible,
De cuyo ser maligno es imposible,
Por mas que nos queramos dar idea,
Formar ninguna que completa sea.
Pecado odioso, de malicia tanta,
Que temerario á un tiempo se levanta

Contra su Dios de quien la gloria ofende;
Contra Jesus, de quien destruir pretende
El edificio que compuso y rige;
Contra la Madre Iglesia á quien aflige;
Y en fin, contra las almas que inficiona,
Y en sus mismas cadenas eslabona.

Tú lo dijiste, Redentor querido:
El oráculo triste se ha cumplido,
Y se cumple tambien todos los dias.
Por los muchos escandalos, decias:
¡Ay del mundo infeliz! Todo pecado
Es rebelde á su Dios; pero este osado
Le ataca en derechura: el que lo hace,
En el mismo pecado se complace.
Los demas quedar suelen sepultados
En las tinieblas, en que estan formados;
Este altivo la máscara se quita,
Y con su mal ejemplo á otros excita.
El que en otros pecados triste vive,
Cierto coto á sí mismo se prescribe;
Todavía á su Dios algo sujeto,
Le conserva algun poco de respeto,
No desconoce en todo su malicia,
Y tiene algun temor de la justicia;
En fin tiembla, recela y se avergüenza:
El escándalo va con desvergüenza,
Hollando los divinos mandamientos,
Sofocando los buenos sentimientos,
Que la razon y Religion inspiran,